

El destino del pensador

NO fue Heidegger "pensador de un tiempo indigente", como rezaba el título de uno de los muchos libros a él dedicados, libro tampoco en su contenido demasiado afortunado. Fue, sí, un pensador a quien tocó vivir una larga época crítica. De hecho, su "Ser y tiempo", arranque de toda su obra, sitúa su aparición ya en las postrimerías de los felices años veinte, cuando el mundo industrial se precipita inexorable en la más radical de las crisis, la económica, y se abre la negra boca de la depresión. Después, en el sucederse galopante de terribles quiebras de nuestra cultura, vendrán siniestros episodios: el nazismo —cuyas salpicaduras enturbiarán la imagen histórica de Heidegger—, la tragedia bélica posterior.

Fueron los años de entreguerras, aun antes de las catástrofes económicas, políticas, bélicas, fecundos en producir filósofos de la crisis; el trauma de la primera contienda y sus secuencias forzaban este enfrentamiento de la conciencia europea consigo misma. Pero incluir entre ellos a Heidegger, a pesar de la mala literatura vertida sobre la "angustia" en tantos comentaristas, puede hacer sonreír. Porque, ciertamente, Heidegger es temáticamente filósofo de una crisis, pero la crisis que él divisa en su obra, aquella que le hace exclamar, siguiendo a Nietzsche, "el desierto crece", cubre toda la historia occidental. Y su comprensión, así como los recursos expresivos manejados para describirla, se alejan en años de cualquier análisis económico o político.

Ya Platón y Aristóteles significaban para Heidegger una claudicación, un alejamiento del pensar originario hacia el cual quiere retornar el pensador alemán y cuya re-activación anhela traer a los hombres. Tras ellos todo lo que nuestra tradición supone, no sólo los más modernos mitos de la ciencia, la técnica, el progreso, también la metafísica, los diferentes humanismos, todo lo que a cuestras llevamos descansa en una pérdida del "ser", olvidado en la pluralidad de los entes. Este ser, privilegio y destino del hombre, cuyo planteamiento en Heidegger se irá cargando cada vez más de acentos religiosos.

No es ciertamente nueva la visión de la Historia como pérdida de tiempos mejores, a cuyo resplandor nuestros antepasados gozaron

de comuniones profundas, de potencias y gracias luego perdidas. Es un viejo tema de la conciencia primitiva y arcaica. Algo cuya versión bíblica acunó la infancia de los que somos herederos de la cultura hebrea. Nuestro Unamuno pudo ironizar con el concepto de crisis política remontándola —y radicalizándola— a la destitución de Adán y su expulsión del Paraíso. Mas en Heidegger el motivo se modula de una forma peculiar. Continuador y exponente de la gran tradición de la filosofía germánica, uno de cuyos voceros fue justamente Nietzsche —constante referencia heideggeriana— vuelve sus ojos a Grecia, a la Grecia enigmática y perennemente sugerente de los presocráticos. Donde la vitalidad primigenia aún unía con fuertes cadenas —aquellas de que habló Parménides— lo que después una historia conceptual, divisoria y técnica separará. Y allí se descubre el "ser" y encuentra en él el hombre su lugar y su destino,

para irlo perdiendo en la exasperación de nuestros tiempos, que pueden —esto sí— tocar fondo y señalar el punto de inflexión hacia el reencuentro.

Es frecuentemente con metáforas briosas y evocadoras —que la repetición escolar ha ido desgastando— cómo Heidegger quiere transmitirnos su mensaje. Nos hablan, desde la apatridad del hombre, de moradas, de hogar, de custodios del mismo; en la exaltación de la Naturaleza perdida nos hablan también del pastoreo del ser, de los sencillos surcos del labrador, de los senderos del bosque. El lenguaje es la casa del ser y en ella mora el hombre. Poetas y pensadores son guardianes de esta vivienda. Y en el hogar se encenderá el fuego, a cuyo calor recibe Heráclito a los visitantes, desconcertados, para revelarles que allí, bajo la ocultación de la aparente vulgaridad, están los dioses. Las realidades de una cotidianeidad remota y

rural, escenificada en las grandes figuras helénicas son sacralizadas y contrapuestas a la miseria de nuestra Historia.

¿Es realmente el nuestro un tiempo tan opaco? ¿Una negatividad en la que hay que huir hacia lo agreste y primigenio, hacia los viejos héroes, esperando que de estas nuestras tinieblas brote una negación aún más fuerte que nos reconduzca a los orígenes? La verdad es que es un tiempo de poderes desmitificadores terribles. La técnica, cuya esencia tanto preocupó a Heidegger, no ha dejado de hacerle alguna buena jugarreta. Concretamente desde que el más poderoso medio de comunicación de masas se apoderó de la mitología de la naturaleza y el secreto de las grandes montañas, empalagando a los "televidentes" —qué expresión tan desacralizadora— con el mensaje de Heidi. Después de él, las poderosas metáforas de Heidegger han

UNA VOZ QUE SE APAGA

CUANTOS auténticos filósofos ha consentido la primera mitad del siglo XX? La nómina no puede ser demasiado alta, porque no hablamos de profesores de filosofía, ni de escritores más o menos reflexivos, ni de "ilustrados", ni de científicos. Cuando se habla de filósofos, no se apela a la voz que enseña, ni a la voz que enardece o informa, sino a la que radicalmente acompaña: por decirlo de modo más exacto, a la voz que responde. Martin Heidegger rechazó suavemente el calificativo de "filósofo", que quizá ninguno de sus contemporáneos mereció como él: bien sabía que desde Hegel nadie puede ser llamado filósofo sin equívoco. Pero ahora, desde la urgencia un poco preocupada de unión —el género manda— de la necrológica, creo justo proclamarle filósofo, y aún más y más alto, debe quedar ascendido a ejemplo del filósofo. Quiero insistir tanto más en su carácter modélico cuanto que se presenta como una figura inequívocamente honra de aspectos edificantes, pese a lo que la generosidad póstuma de los necrólogos, es decir, de los profesores de filosofía, querrá inventarle en esta fecha. Nadie menos ilustre, nadie menos egregio que este muerto prócer. Heidegger es el prototipo de quién no tiene razón. No la tuvo en na-

da, él, que tanto razonó: anticientífico, filósofo arbitrario (como los del Cratilo), pesimista, afirmativo, nazi, se equivocó frente a todos los gustos, incesantemente. No tuvo razón en nada, pero —de aquí lo de ejemplo filosófico— no la tuvo porque pensaba. Cuando no se piensa es muy fácil tener razón: basta con calcular, con repetir, con producir, con constatar y la razón se nos da por añadidura. Pensar es algo más solitario —pero no individual, sino impersonal—, algo más peligroso, más sin fondo ni ayuda, menos confesable. Pensar es perderse, caer en lo insostenible, comenzar a equivocarse. Pensar es un error completo; como dijo Nietzsche, es descubrir que nuestras verdades son "errores irrefutables". Es elegir conscientemente lo indefendible.

¿Una crítica del pensamiento de Heidegger? Creo que Adorno la hizo insuperablemente, en especial al comienzo de su "Dialéctica negativa". Nada tiene que ver, en todo caso, con quienes balbucean trivialidades sobre el "lenguaje en vacaciones", porque desconocen —o no se arriesgan a— el estatuto esencialmente narrativo de la especulación o con los que condenan al pensar por malo, por nazi, como si el auténtico pensamiento pudiese acertar éticamente de otro modo que con la

simple libertad radical de su ejercicio. ¿Cuándo se admitirá finalmente como la raíz trágica del pensamiento que pensar significa renunciar a ser ayudado, dejar en suspenso —si es imposible abolirlo del todo— la exigencia de salvación? Ahora, Martin Heidegger es ya sencillamente otro epitafio en el panteón vacío de la Gran Filosofía. El ocio paseante que frecuenta sus alamedas de fúnebres cipreses recogerá de él cualquier cosa o nada. Unas páginas inolvidables sobre Kant, una descripción poco funcional de la técnica... Frases sueltas: "ser-para-la-muerte", "¿por-qué-el-ser-y-no-más-bien-lanada?", como las cenizas de un fuego que nadie verá arder si no se arriesga a sí mismo como combustible. Para la Enciclopedia del saber —los revisteros somos enciclopedistas de urgencia— queda inequívocamente dicho: ha muerto Martin Heidegger, cumbre orgullosa y misera del pensamiento de este siglo. Su perdición, su abismo, son ahora rehenes del silencio. Paradójicamente, su voz apagada sigue desde el silencio respondiendo. Para los justos, para los moralistas, para los buenos: de su alma nadie tenga cuidado, pues fue piadoso. Lo dijo él: "La interrogación es la piedad del pensamiento". El resto es silencio. ■ FERNANDO SAVATER.



Martin Heidegger.

quedado "tocadas", como el boxeador que recibe un tremendo rechazo. Sería terrible que alguien al leer la poética sugerencia del hombre como "pastor del ser" viera cruzar la imagen de "Pedro" como ilustración.

El problema que la actitud de Heidegger ante la Historia plantea no se resuelve, sin embargo, con meras ocurrencias, es un problema de honda significación. Ha sido Heidegger, en efecto, exponente de una tradición universitaria peculiar y también de una comprensión de la "inteligencia". Tradición fundada en la gran Universidad alemana del pasado siglo, que proyectó un modelo arquetípico. Es la cultura del soberano profesor, individualista y personalista, el sabio más allá de todas las inquietudes inmediatas, el cultivador de la "ciencia pura", desentendida de sus aplicaciones y sus compromisos. Contemplador de realidades ocultas o lejanas para el hombre común. Gozador de su jardín. Es la mitología de la neutralidad científica, de la "Wertfreiheit", bajo la cual, sin embargo, como ha podido señalar la actual crítica de aquella Universidad, se ocultaba la verdadera dependencia del poder, un espacio de juego rotulado por los intereses dominantes.

El olimpismo que quiere mirar sólo lo originario o lo esencial, que desdeña lo inmediato, puede incurrir en ceguerras, cometer graves yerros cuando se mueve en la realidad inevitable del tiempo que le rodea. Heidegger con sus errores políticos es un testimonio para me-

ditar, no en función sañuda hacia responsabilidades personales, sino como expresión de un problema colectivo, la necesidad de que el intelectual y la Universidad hagan su autocritica para encontrar su lugar exacto. Estamos en una época en que no se confunden los hombres con los dioses, cual es la visión de Hölderlin, sino en un tiempo cargado de tareas profundamente humanas. Querer instalarse en la Edad de Oro puede traicionar el presente y la gran oportunidad que él nos da de trabajarlo, forjando siempre edades futuras.

A lo sumo —prosiguiendo la inspiración helénica— podríamos pensarnos en un mundo titánico, ya que no divino, y tomar —como Marx— a Prometeo como modelo. El tema del fuego, glosado por Heidegger en el episodio heraclíteo, adquiere ahora un nuevo valor cuando aparece en el robo de Prometeo como un don arrebatado para entregarlo a los hombres ateridos, inferiorizados. Cuando alumbrándoles con el fuego y la palabra les enseña su propia capacidad para construir con sus manos su vivienda, con las leyes de la exacta geometría que gobierna la arquitectura y el movimiento de los astros. Cuando los secretos caen y el hombre descubre sus potencias creadoras que les llevan hacia edades más plenas, situadas no en lo originario, sino en el futuro. En esta gran tarea colectiva, sumergido en las masas que trabajan nuestro barro debe el intelectual encontrar su lugar solidario y esperanzado. ■

CARLOS PARIS.

MATAR A ANTONIO GALA

EL martes de la semana pasada hubo un estremecimiento de horror en las Redacciones de los periódicos: había circulado el rumor —¿quién lo puso en circulación? ¿Qué pequeño y miserable asesinato verbal se estaba cometiendo así?— de que habían matado a Antonio Gala. Cuando se comprobó que la noticia no era cierta, quedó flotando otra noticia invisible: la de la horrible facilidad con que se había aceptado la verosimilitud de la información. Como se había considerado inmediatamente que era posible. Esta aceptación estaba reflejando el retrato de un tiempo que todo el mundo teme ver convertirse en el tiempo de los asesinos.

No es ahora a la persona de Antonio Gala, ni a la atroz lógica que hubiera podido suponer su muerte airada —precedida por intentos de fractura de la puerta de su domicilio, o por letreros acusatorios, por cartas de amenaza: en entredicho su figura de escritor libre por un auto de procesamiento— a quien queremos referirnos. Podría no ser un escritor por el que tanto respeto humano sentimos —un escritor de los pocos que mantienen una posición concorde a su pensamiento y la llevan adelante con todos sus riesgos y con todas sus persecuciones y amenazas—, sino otro situado en sus antipodas mentales. Nos referimos al rumor y a su credibilidad: vivimos en un tiempo donde la noticia de que alguien ha sido asesinado puede asumirse.

En un número anterior de esta publicación, con el título "Machacar a Cela", nos hemos referido ya a la insólita actitud mental y moral de quienes quieren defender algo que se les va de las manos —una época de su vida, unos privilegios, unas evocaciones— atacando a quienes describen como es algo que se va, a quienes cuentan nuestro tiempo como es. Más atrás, en esta revista, se han condenado muertes que han sido desgraciadamente reales —un industrial secuestrado y asesinado, dos asesinatos en Montejurra— y se ha dicho que, a pesar de todo, esta no es una época especialmente violenta. Otros países y otros tiempos lo han sido o lo son más.

Pero la violencia verbal y la violencia real van traspasando cada día estas circunstancias. Se está creando un clima, aún avalado por personalidades que ostentan autoridad y rango en el país, contra quienes cuentan lo que está pasando, contra quienes tienen por oficio relatar y por arte pensar públicamente. Las personas que dejan atrás toda civilización se sienten en cierto modo respaldadas por decisiones con carácter oficial. Es una realidad que el mismo día en que se aprobaba en las Cortes el derecho de reunión y manifestación, se prohibían autoritariamente reuniones públicas —como la presentación de un libro de Mosén Dalmáu que difiere del pensamiento del difunto Monseñor Escrivá y del Opus Dei en "Camino"—: y en las mismas páginas de los diarios se contaba el rumor del asesinato de Antonio Gala.

No son hechos distintos, sino coincidentes. Todos los ciudadanos deben aprender a saber que el pensamiento es libre, y que los delitos de su publicación tienen que estar muy tipificados en un código y nada más. Sin ese aprendizaje cívico, sin esa lección de tolerancia y amplitud, el clima de la violencia verbal se extenderá. Y no sabremos nunca cuándo se puede dar el paso siguiente. ■

